

SECCION DOCTRINAL

PIO IX Á LOS CATÓLICOS

LA ALOCUCION PONTIFICIA DEL 13 DE ABRIL

En otro lugar de este número de nuestra Revista hallarán sus lectores el discurso ó alocucion pontificia, que el venerable Pio IX ha dirigido en una solemne audiencia pública á más de 400 extranjeros, congregados en su presencia para pedirle su paternal bendicion. A Portugal, á España, á Francia, á Alemania, y á todo el mundo civilizado de ambos hemisferios se han dirigido sus magnificas palabras. ¡Qué elocuencia tan pura! ¡qué sublime sencillez! y sobre todo ¡qué inspiracion divina para tocar con el dedo las llagas de la humanidad! A cada nacion ha dado lo suyo; pero ha fijado su penetrante mirada en las luchas de orgullo y de amor propio, que iban haciéndose inveteradas, nacidas en el propio seno del catolicismo. Estas luchas, sostenidas especialmente en Francia, habian resonado en toda Europa, y no hay que decir á nuestros lectores si se propágaron con toda su acerbidad á España. Ver guerrear entre sí á los hermanos es siempre lastimoso espectáculo. Pero luchar los hermanos de una doctrina santa; los hijos de un Dios de paz, y de un Evangelio de amor; y dejando á un lado la mansedumbre, que todo lo vence, armarse de ira; y desechando la sublime virtud cristiana, la humildad, con razon llamada *la grandeza en Dios*, armarse de soberbia; y olvidando la caridad, la reina del catolicismo (que es el cristianismo verdadero, el cristianismo universal), armarse de odio y envidia; y llenar las páginas de las escritas controversias y los ecos de los públicos gimnasios ó asambleas de sañudas frases, de altivos desdenes, retos arrogantes, sarcasmos, desprecios y contumelias; levantar ronca gritería, envenenar las armas de la pelea, y ensangrentar la arena en indiscreta y voluntaria lid, si de principios ó reglas de conducta para algunos, de orgullo y amor propio para los más; y quitar con el frecuente escándalo la fé á los sencillos, y dar á

los rudos adversarios de toda fe la ventaja de esta division enco-
nada, y el contento del vistoso y accidentado combate, sólo útil
para ellos; ha sido durante años uno de los errores más funestos
de la humana flaqueza, apoderado de los ánimos en medio de ca-
tólicas sociedades.

Voz augusta ha sonado para calmar las pasiones, y recordar
á todos, la ley cristiana del amor, y la paz del Evangelio: bella y
elocuente voz, que por nadie puede ser desoída. Debemos abrigar
la esperanza de que esa voz, por Dios inspirada, va á poner tér-
mino entre católicos á humanas discordias: gran paso por cierto
en el camino de los remedios y las previsiones, de los males que
ya aquejan, y de los que amenazan, á la sociedad en que vivimos.

A Francia fué enviada esa voz solemne; y desde allí á todo el
mundo: deseamos que en todo el mundo se oiga, como ha comen-
zado á ser oída en Francia. Los más ilustres escritores, que ha-
bian presentado objeciones á la deliberacion sobre canónicos
acuerdos, que aumentarán la autoridad de la córte pontificia, se
han sometido sin el menor obstáculo á las adoptadas decisiones.
Los más ilustres escritores contrarios, á quienes la voz del pontí-
fice llamára al amor y la caridad de que se olvidaban, hanse
apresurado tambien á mostrar su adhesion y acatamiento, ofre-
ciendo, si necesario es, como lo ha hecho el director del famoso
diario católico *L'Univers*, apartarse y desaparecer con este de la
escena pública, si hubiere en ella de ser estorbo á las miras pa-
ternales y levantadas de Su Santidad.

En el número de *L'Univers* del 8 del actual mayo, Luis Veui-
llet añade, entre otras cosas, lo siguiente: «Después del discurso ó
»alocucion pontificia del 13 de abril, hemos recibido de nuestros
»lectores numerosas cartas de adhesion á los sentimientos que
»con tal motivo habíamos expresado... Gracias á ellas hemos po-
»dido en estos dias escribir al Padre Santo que nosotros formá-
»bamos un partido de obedientes... La palabra pública de Su San-
»tidad no há menester sino ser meditada, para que baste á servir-
»nos de régle... Si hemos escrito á Su Santidad, ha sido tan sólo
»para renovar el juramento de nuestra completa sumision á sus
»deseos...»

Con este lenguaje, y con los sentimientos que revela, adopta-
dos como norma por todos los católicos, los amigos de *L'Univers*, y
los que se llamaban sus adversarios, los de Francia y los de Es-
paña y de todo el mundo, ¡cuántos males se habrian evitado!
Pío IX, con voz inspirada y solemne, ha dicho á la faz del univer-

so: «Faltaban á la humildad los unos, mostrando repugnancia á recibir y acatar las decisiones de la Sede romana: faltaban á la caridad los otros, olvidando que sin caridad no se puede ser católicos.» Si la union de las voluntades, que andan tan dispersas y tan léjos de la paz, comenzara entre los hombres, como debe comenzar sin duda, por los católicos, y sobre todo cuando traten de materias religiosas y de cristianas costumbres, ¡cuánto bien podría aún hacerse, á pesar de los males sufridos! ¡cuán bella y fecunda seria en medio de la Europa agitada y convulsa la *concordia* á que el Padre de los fieles convida á sus hijos! Desgraciado, muy desgraciado deberá ser el que, llamándose católico, no alcance á comprenderlo y á sentirlo.

Nosotros ofrecemos nuestra adhesion más sincera á las puras y sublimes frases del anciano y santo pontífice, cuyo espíritu, animado y fortalecido por Dios en el ocaso mismo de una larga y conturbada existencia, quiere dejarnos un rayo de luz celeste, para caminar unidos hácia la perfeccion, á que debemos aspirar todos constantemente.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

POR CUAL CAMINO PUEDE VENIR EL SOCIALISMO

Renunciemos por el pronto á definir y á clasificar los diferentes sistemas que con denominaciones diversas se comprenden bajo el nombre genérico de socialismo. Todos ellos tienden de una manera clara ó embozada, directa ó tortuosa á alterar fundamentalmente las leyes con arreglo á las cuales se rigen la posesion y trasmision de la propiedad, y la forma en que se reparten los productos de la industria entre el capital y el trabajo. Creemos que este punto de vista es el esencial, y el que abraza á todas esas diversas sectas, aún cuando varíen sus fórmulas en cuanto á este punto, así como en lo relativo á su constante hostilidad contra la actual organizacion de la socie-

dad, contra las ideas espiritualistas, y contra toda religion positiva.

Entendiendo de este modo lo que hay de esencial en el Proteo de innumerables formas que se llama socialismo, interesa sobremanera examinar por cuál camino puede venir, y por medio de qué armas es posible su triunfo.

Si no estamos equivocados, esos caminos pudieran ser los siguientes:

1.º Una subversion repentina de la sociedad, cuya consecuencia fuese el despojo, y la reparticion de la propiedad y de los capitales.

2.º El establecimiento de alguno de los sistemas socialistas por la autoridad de una dictadura revolucionaria apoyada en la muchedumbre.

3.º El éxito y ejemplo de asociaciones voluntarias, libremente organizadas en el seno de algun estado moderno con arreglo á las doctrinas de una de esas escuelas.

4.º La alteracion de las proporciones establecidas para la reparticion de los productos de la industria, si llegara á obtenerse este resultado por medio de las huelgas.

5.º Un cambio violento, radical y opresivo en el sistema tributario de las naciones civilizadas.

Descartamos la primera de estas hipótesis, no tanto porque es moralmente inverosímil, como por ser evidente que no conduciría al establecimiento de ninguno de los sistemas inventados por los utopistas. Supongamos que triunfara por un momento el más descarado é insensato de todos ellos, el llamado *nihilismo* ruso, cuyos sectarios han adoptado por lema, por fórmula y por *desideratum*, ni más ni menos que la *destruccion*; supongamos que un acto de violencia material desposee á los propietarios y aniquila todas las instituciones sociales. Aquella sería naturalmente, no la victoria de todos, sino el triunfo de

los fuertes en el sentido más propio, más directo, más grosero de esta palabra. Si se quiere prescindir de las formas y adelantos sociales, para contemplar al hombre en un estado desconocido, y que apenas alcanza la imaginación á idear, el estado en que sale de manos de la naturaleza, no parece sino que esta se ha esmerado en establecer las mayores desigualdades entre los seres humanos.

Los unos son más fuertes que otros, por razón de la raza, por razón del sexo, por razón de la edad. Pero en el mismo sexo masculino, y en la edad viril, los unos son fuertes, robustos, sanos, activos, inteligentes y astutos. Los otros endebles, enfermizos, cándidos, pobres de espíritu, faltos de ánimo, de energía moral ó de vigor físico. En favor de estos últimos, de los que son incapaces de defenderse, han sido establecidas sobre todo las instituciones civiles, y para ese objeto han trabajado de consuno las religiones, las leyes, las ciencias; para eso han padecido martirio los Santos, han cavilado los sábios, han velado los jueces; y en el trascurso de los siglos, sin que el objeto se haya logrado por completo, y sólo en cuanto lo ha ido permitiendo lo limitado de la inteligencia y el extravío de las pasiones humanas, se ha levantado el edificio de la civilización moderna, que si bien no carece de lunares é imperfecciones, no por eso deja de ser asombroso y admirable. Si ese edificio social viniera á tierra por el esfuerzo de los *nihilistas* rusos, ó por la furia de otros sectarios fanáticos, el débil volvería á encontrarse enfrente del fuerte, del poderoso por obra de la naturaleza, con la flaqueza de su ánimo ó de sus brazos, sin ley que le defienda, ni juicio que le ampare, como no sea el de Dios en la otra vida, á la cual de antemano han renunciado los utopistas. No sería, pues, este el triunfo de ningún socialismo, sino el de la fuerza soberana, y el de la desigualdad más intolerable y suprema. Por eso hemos descartado esta

hipótesis, que no puede agradar á quienes buscan por singulares y nuevos caminos el triunfo de la igualdad y de la justicia.

El segundo camino; es decir, el establecimiento de alguno de los sistemas socialistas por medio de la dictadura revolucionaria apoyada en la muchedumbre, ofrece iguales obstáculos é imposibilidades. Los socialistas no han llegado hasta ahora á ponerse de acuerdo entre sí, como no sea acerca de un solo punto, ó, si se quiere, de dos puntos diferentes. Creen que la sociedad actual no raya en el punto de la perfeccion, y en esto todos estamos conformes. Pero suponen además que si no vivimos en el mejor de los mundos imaginables, es por efecto del orgullo, del egoismo, de la avaricia de los poderosos, y que nada fuera más fácil que corregir estos males y colocarnos en el apogeo de la felicidad ideal, con solo alterar de una manera atrevida, radical y profunda, no las leyes políticas como quiera, sino aquellas otras por las cuales se hallan regidas la propiedad y la familia casi uniformemente en los Estados cristianos y cultos. Ya en este punto difieren hondamente de los *socialistas* las gentes sensatas y prácticas. Pero no es esto lo singular, sino que, conviniendo ellos entre sí en cuanto á que sea llana é infalible la curacion, difieren tan completa y diametralmente en cuanto al remedio, que puede decirse hay tantos sistemas como socialistas. No deja de haber entre nosotros los defensores de la sociedad como se halla hoy establecida, con arreglo á principios que estimamos indestructibles y eternos, ciertas disidencias más ó menos ásperas en puntos de administracion ó de política. Pero esta diversidad, que parece grave en vista de los resultados que engendra, se convierte en armonía amistosa y en unanimidad fraterna para quien la compara con las divergencias, con los

antagoni-mos de los enemigos de la sociedad, con sus *antinomias*, para usar de la expresion favorita de uno de los principales apóstoles de tan descabelladas doctrinas. No es ocasion esta adecuada para escribir la historia de los utopistas, desde Platon hasta nuestros dias, ni áun de señalar los puntos de esencial divergencia entre las escuelas contemporáneas. Baste indicar algunas de ellas muy ligeramente.

Los *sansimonianos* son acaso los únicos que casi lograron organizar una verdadera secta, y áun diríamos religion, sin el temor de profanar esta palabra aplicándola á tan extraño conjunto de extravagancias. Entre ellos se contaban no pocos jóvenes de talento, cuya inexperiencia dió no poco que reir al mundo, si bien despues, corregidos con la edad, se han ilustrado, enriquecido, y áun prestado servicios en diferentes carreras ó profesiones. Estos decian que de la época crítica ó analítica, como lo habian sido el siglo XVIII y la era revolucionaria en Francia, habia llegado el caso de pasar á otra época sintética, ó sea de afirmaciones y de organizacion, que en su concepto se habia de fundar sobre una especie de teocracia semi-religiosa y semi-industrial, dotando de autoridad casi ilimitada á sus principales magistrados, que venian como á reunir la doble calidad de sacerdotes y banqueros. Como querian estos sansimonianos destruir la actual sociedad en sus fundamentos, eran, pues, socialistas, y lo eran tambien en aquel tiempo R. Owen, Fournier, luego Cabet, Louis Blanc, y otros más ó ménos conocidos. Pero tambien pasa por socialista Proudhon, y éste, léjos de creer que hubiéramos de salir de la época crítica, pues que la crítica, y por cierto la más desenfrenada, era, por decirlo así, su propio elemento; y léjos de aspirar á la creacion de ninguna áutoridad nueva poderosa y teocrática, se afanaba, por el contrario, en ensalzar y ponderar las excelencias de la *an-archia*, en el sentido

recto, etimológico y griego de la palabra, que quiere decir carencia de gobierno, por ser los gobiernos, á su entender, la mayor plaga de cuantas pueden afligir al linaje humano.

Otros antagonismos, no ménos esenciales que estos, podríamos señalar entre las diversas escuelas que aún hoy existen de *comunistas, colectivistas, mutualistas, nihilistas*, etc., hasta el punto de que la palabra socialismo no es más que una negacion del estado actual, sin que tengan nada de comun entre sí todos cuantos profesan esas heterogéneas doctrinas, ni haya conseguido alguno de ellos formar escuela. Y como, por otra parte, ni hay textos acreditados entre ellos, ni superioridad que respeten, ni lazos de autoridad que los reunan, ni ejemplo alguno hasta ahora á donde volver la vista, de ensayo practicado, ni de país que ántes adoptase esas doctrinas utópicas, viene á resultar que es de todo punto imposible se pusieran de acuerdo para plantear ni aún por medio de dictaduras, y con apoyo de la muchedumbre, ningun sistema positivo y ordenado, siquiera en la apariencia, de reorganizacion social. Los que gritan, *¡viva la república social!* quieren cosas diversas, ó, por mejor decir, ninguno de ellos sabe lo que quiere.

Pasemos á tratar del tercer camino, que es de naturaleza muy diferente, pues que ya hoy día los socialistasson bastante numerosos, aunque no lo suficiente, segun creemos, para formar mayoría dentro de ningun Estado, ni aún para apoderarse del poder por la violencia, pero sí al ménos, para formar una especie de asociacion voluntaria; y siendo de creer que entre gran número de ellos privados de instruccion y bienes de fortuna, se cuenten algunos ricos, industriosos y desinteresados, nadie les impide dentro de una de las naciones de Europa ó de otras partes

del mundo, reunirse para poner en práctica y á prueba la excelencia de sus doctrinas, á lo ménos en cuanto á la más esencial, que es la económica. Hacemos esta salvedad, porque no es igualmente lícito dentro de los pueblos civilizados ensayar nuevos ó rejuvenecer antiguos usos en cuanto á la organizacion de la familia. Así lo ha demostrado el ejemplo de los *mormones*, que practican un sistema nuevo, fundado, como el de los sansimonianos, sobre la base de cierta autocracia religiosa, combinando con esta teocracia, y con ciertas novedades industriales de su invencion, los extravíos y libertades de la poligamia. No hay Estado alguno moderno y cristiano, cualquiera que sea su forma política y el liberalismo de sus leyes, que consienta semejantes excentricidades, y en medio de la mayor latitud acerca de otros puntos políticos y religiosos, todos exigen, al ménos en lo público y en el órden de las cosas legales, cierta uniformidad de costumbres, ó, lo que es lo mismo, el respeto de la moral. Así es que no valió á los mormones alejarse de la parte poblada de la Union americana para ir á establecerse, primero á Nauvoó, sobre el Misisipí, y luego en las orillas del lago Salado. Por desgracia de ellos, la civilizacion moderna, con su singular fuerza expansiva, ha llegado hasta allá posteriormente; por una parte se han ido poblando las inmediaciones del lago, que hoy forman el Estado del Utah; por otra parte el camino transatlántico que en las orillas del Océano con las del Pacífico, pasa por aquellas regiones. El gobierno americano, con ser, como es, el más democrático del mundo, y áun con la pretension de ser el más liberal, como sostienen erradamente sus partidarios, no puede tolerar que ante los ojos de aquella nueva y cristiana poblacion se ofrezca el ejemplo de la poligamia; y el jefe y profeta de los mormones Brigham Young se ve procesado, y forzado á fugarse á consecuencia de la pluralidad de sus matrimonios.

La tolerancia, por grande que sea en política y en otras

materias, no puede extenderse á prácticas contrarias á las buenas costumbres comunes á todos los pueblos cristianos, y de cuya observancia depende el sentido que hoy tiene la pabra *moral* en todos los países civilizados. Pero respecto á otras materias, nadie impide á los mormones que en la congregacion libre y voluntaria que han formado administren su ciudad de la manera que gusten, que se rijan con arreglo á un sistema teocrático que traspassa los límites de lo absurdo, y que conforme á reglas de su agrado distribuyan como quieran los productos de la industria entre el capital y el trabajo. Han hallado, sin necesidad de pagarlas, tierras abundantes y vírgenes: su poblacion, reclutada entre las razas del Norte de Europa, es robusta y trabajadora. No tienen antiguas deudas, ni gastos militares ó marítimos. Un escritor lleno de talento (1) y deseoso de despertar la curiosidad de sus lectores, por cuya razon ponemos en cuarentena su testimonio, asegura que aquel régimen teocrático, ayudado de circunstancias favorables, da ópimos frutos, y que los mormones viven cómoda y regaladamente. Nadie impide á otros socialistas europeos, cuyo sistema obedece á principios opuestos ó diferentes, ir á ensayar igualmente sus utopias en las vastas y feraces regiones del mundo que están todavía por poblar, con la sola limitacion que hemos expresado.

(1) LA NUEVA AMÉRICA, por W. Hepworth Dixon. El autor viajó durante el verano de 1866 por los Estados Unidos, principalmente por las regiones del Oeste, y se detuvo en la ciudad que sobre las orillas del *lago Salado*, y tomando su nombre, han fundado los mormones, gobernados autocráticamente, como es sabido, por un carpintero llamado Brigham Young, cuyo proceso ha dado recientemente tanto que hablar en Europa y América. M. Hepworth Dixon viajaba en compañía de Sir Ch. Dilke, cuyo discurso republicano ha dado ocasion hace pocas semanas á una de las más turbulentas sesiones de la Cámara de los Comunes. La descripcion que se hace en este libro de la prosperidad de los mormones bajo la teocrática y extravagante direccion de sus profetas, parece dictada al ménos en parte por el deseo de causar impresion en los lectores á favor de noticias nuevas é inesperadas. Si le hemos de creer, los mormones del lago Salado pasaban de doscientos mil en 1866.

Nuestra actual generacion, en presencia de los obstáculos y dificultades que encuentra á su paso el desarrollo de la cultura humana, incurre á veces en un desaliento injustificado, y se muestra sobremanera ingrata con la providencia que rige los destinos del mundo. Hay escritores que se quejan de la suerte de la sociedad moderna, pues que, segun ellos, la poblacion crece en proporcion más rápida que los medios de subsistencia, las tierras están ya ocupadas, y hay sobra de brazos para el ejercicio de las industrias productivas, desde que las máquinas reemplazan en gran número de casos al trabajo manual. Jamás se han oido en el mundo quejas más infundadas. Además de que es fácil probar que la suerte de las clases trabajadoras, si se compara con cualquier otra época anterior de la historia, es hoy mucho ménos triste en todas las regiones civilizadas del universo, salta á la vista cuán absurdo es suponer que el globo se halla hoy dia poblado en tales términos, que ya estén poseidas todas las tierras, llenos todos los espacios, así como sobrados de brazos los diversos ramos de la industria y del trabajo. Sucede todo lo contrario: la Providencia ha reservado para la generacion actual y para muchas generaciones venideras, terrenos inmensos que apropiarse, desiertos que poblar, bosques y montes inmensos que roturar, motores naturales sin aplicacion, canteras, criaderos, minas que explotar, y esto en la vastísima extension del orbe, en cuantos climas y temperaturas puede apetecer la diversidad de los gustos y de las aptitudes humanas, y en todos los distintos escalones y grados de la civilizacion.

En tiempos antiguos cada cual vivia como aprisionado dentro de la region donde habia nacido, sin hallar modo de salir de ella, como no fuera pasando por infinitas penalidades y trabajos. Desgraciado, hasta cierto punto, podia llamarse el que, poseidas las tierras, ocupadas las industrias, no hallase allí mismo ocupacion para sus brazos:

pues que habia de vivir en el ocio; y decimos que habia de vivir, porque la religion habia ablandado los pechos dictando los sentimientos de caridad y la costumbre de las limosnas. Pero hoy dia, si bien en todos tiempos puede ser triste el emigrar, no ofrece los mismos inconvenientes y peligros. Al trabajador valeroso y enérgico se le abren los más vastos horizontes. Un ferro-carril, rápido, cómodo y que suele ofrecer precios reducidos al emigrante, le conduce en breves horas hasta las costas. Un buque de vapor, con cuya fabricacion se ensoberbece la industria moderna, y con cuya rapidez pierden su inmensidad los mares, le conduce á América, al Asia, á la Oceanía. Hay sociedades filantrópicas en algunas naciones, y las debiera haber en todas, que favorecen la emigracion cuando la exuberancia de poblacion y otras circunstancias la recomiendan.

Hoy el ser humano puede elegir fácilmente su domicilio, no sólo bajo el clima y en los grados de latitud que le agraden, sino en los de civilizacion que le acomoden: en sociedades antiguas, de esas que los novadores llaman envejecidas y caducas, como las de Europa, ó en otras más jóvenes, como las de América. Si no le agrada apartarse mucho de las regiones civilizadas, con el producto de un solo dia de trabajo, se compra un acre de tierra en los Estados Unidos. Pero caminando más al Oeste, no le faltarán tierras baldías que cultivar, acaso sin desembolso alguno. Puede escoger en el espacio vastísimo del mundo, en la Australia, en la Nueva Zelanda, en la América de las costas del Pacífico ó del Atlántico, y en cualquiera de los dos hemisferios, la temperatura de su agrado, la lengua que mejor entienda, la forma de gobierno que más le cuadre. Es más: puede elegir entre todos los medios tintes innumerables, desde la civilizacion más refinada hasta los más groseros rudimentos de la sociedad bárbara ó de la vida salvaje.

No son puramente teóricas, ni mucho ménos son qui-

méricas, estas facilidades que se ofrecen para la emigracion en la presente época. Hechos notorios demuestran que ha tenido lugar en vastísima escala esta traslacion voluntaria de unas regiones á otras, no así como quiera de algunos individuos, sino de poblaciones enteras. No hablaremos de pueblos asiáticos, como los chinos, ántes obligados á vivir con su poblacion exuberante dentro de marcados límites, entre las costas del mar y sus famosas murallas, y que hoy se esparcen por las islas y costas del Pacífico y el Atlántico en número tal que á veces infunde pavor á los indígonas y recelo á los gobiernos. Muchas veces se ha citado el ejemplo de la emigracion irlandesa á mediados de nuestro siglo hácia los Estados-Unidos, que acaso haya pasado de tres millones de almas. Tambien la Alemania, cuyas circunstancias son muy diferentes de las de Irlanda, ha tenido su especie de *Exodo*, y ha enviado la parte excesiva de su poblacion á América, donde hoy labra y fertiliza las regiones del *far-west*. Cada año llegan trescientos mil emigrados á los puertos de la Union americana. Los franceses, cuya nacion no es de las más movedizas ó nómadas de Europa, colonizan con mejor ó peor éxito las provincias que han conquistado en Africa. En España tenemos razas muy dispuestas á los viajes, á la emigracion, á las colonizaciones, como empezaron á demostrarlo desde fines del siglo xv; y en islas sujetas aún á nuestra dominacion, así como en territorios que se han emancipado y se gobiernan con independenciam, pueden hallar gentes oriundas de España, que hablan la misma lengua, y que ciertamente, ni han labrado aún todas las tierras, ni llegado á un exceso de produccion en sus diferentes industrias.

A un individuo aislado puede ofrecer la emigracion cierta repugnancia, dificultad y peligros: mas no parece que debieran presentarse á una congregacion de gentes de diferente sexo, y con diversas aptitudes, que tuvieran

fé profunda en sus doctrinas y quisieran irse á ensayarlas y ponerlas en práctica con toda libertad, y en tierras que ofrecen mayor desahogo, y circunstancias más apropiadas que las de nuestra vieja Europa. ¿Cómo ha de faltar allí, en la propia region *del Dorado*, aire, espacio, libertad, y cuantas circunstancias pueden exigirse para establecer asociaciones federadas ó no federadas de trabajadores, libres de la tiranía del capital y de la rutina? ¡Cuán vasto horizonte no se ofrece á los phalansterios, á las Icarías, á los Salentos, y á las sociedades internacionales!

Si á nosotros se nos pregunta cual será el éxito de semejantes ensayos en cualquier pais del mundo donde se emprendan, responderemos sinceramente y sin vacilar que el resultado no puede ménos de ser desastroso; una completa ruina de quienes se embarquen en semejante aventura. Nos mueve á pensar de este modo, el desenlace que sabemos ya han tenido ciertos ensayos socialistas hechos bajo el régimen voluntario como el de New Harmony, dirigido por el socialista escocés R. Owen (1), algunos años hace famoso, y el del frances M. Cabet, conocido por sus delirios en Europa, y por la fundacion de su Icaria en América. Pero no solo mueven nuestro ánimo estos infelices é incompletos ensayos, sino el profundo convencimiento que tenemos de que en el fondo de esos sistemas tan varios, y algunos de ellos tan halagüeños á los ojos de la ignorancia, hay un vicio constante, fundamental, y que dimana de

(1) El inglés Robert Owen, templado y dulce de carácter, exagerado y absurdo en sus doctrinas, pudo contar durante la mitad de nuestro siglo con la tolerancia de los gobiernos y con el apoyo de la opinion pública para ensayar por tres veces distintas su sistema industrial. Primero en New-Lanark (Escocia), luego en New-Harmony (Estados Unidos), y por último en Orbiston (Inglaterra). Todas estas tentativas fueron completamente infructuosas, á pesar de las esperanzas de los primeros días. M. Cabet escribió un libro titulado *Viaje á Icaria*, que venia á ser como la exposicion de sus desatinadas teorías comunistas, y despues de haber dado la revolucion de Febrero de 1848 en Francia los frutos que son sabidos, salió para América con el objeto de ensayar práctica y pacíficamente sus ideas.

que todos sus autores, sin excepcion, desconocen totalmente los caracteres esenciales de la naturaleza humana, y las reglas inalterables por las cuales se rige la formacion y distribucion de las riquezas. Esto lo decimos en prueba de nuestra buena fé, aun cuando á nadie querríamos disuadir de honrados propósitos, y aunque conocemos muchas gentes que con ojos enjutos, sin una sola lágrima, verian partir la nave que se apartara de las playas de Europa para llevar á nuestros comunistas, socialistas é internacionalistas, como nuevos argonautas en busca de su vellocino de oro, de nuevas Icarías y de la Insula de las utopias. Pero acaso nuestro entendimiento esté cerrado á la luz de la verdad, y seamos esclavos de los errores y las rutinas de una civilizacion caduca. Acaso sean los senderos de la verdad y del porvenir los que siguen los socialistas. Y en este caso las armas que deseamos elijan, son las de la persuasion, no tanto la de sus argumentos, cuya fuerza ya conocemos, y que no nos cautivan, como la de sus ejemplos, si llegan á establecer en alguna isla ó region apartada con buen éxito, alguna asociacion de esas cuyo mérito encarecen. Pero ha de ser bajo lo que hoy se llama el método *voluntario*; es decir, que cada uno pueda, si el ejemplo le seduce, hacerse furrierista, ó colectivista, ó mutualista, escogiendo para ello el oportuno domicilio. Pero en cuanto á emplear el sistema autoritario y hacernos á todos socialistas á la fuerza, por la de la revolucion, ó de la dictadura, ó del gobierno, no parece ni conveniente ni justo, y sobre todo, por fortuna, no parece posible.

Resulta de nuestro anterior exámen, que de los varios caminos que el socialismo pudiera emprender para llegar al término de sus deseos, el primero conduciría á la destruccion de la sociedad, pero nunca al triunfo de sistema alguno; el segundo daría lugar entre los mismos socia-

listas á contiendas aún más empeñadas que las que sostienen hoy contra el orden de cosas actual, sin producir resultado alguno positivo; y el tercero, que es el más inofensivo é inocente de todos, aún cuando daría origen á desengaños dolorosos, tendría la ventaja de que estos serían únicamente funestos para los ilusos. Tales son los caminos directos y claros; pero como acerca de ellos son casi unánimes los pareceres fuera de las sectas subversivas, parece útil sobre todo llamar la atención de las gentes imparciales y rectas hácia los dos últimos, que son los tortuosos y encubiertos, de mayor peligro á nuestro entender.

(Se concluirá.)

ALEJANDRO LLORENTE.



EL TIPO DEL JORNAL,

Y LO QUE SE PROPONE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

Si no se puede separar el derecho de la obligación ni la administración de la responsabilidad, y si el capital puede sólo, por su propia naturaleza, cargar con la responsabilidad de las empresas, es indudable que el gobierno de estas pertenece al capital; que no es posible quitárselo para atribuirlo al trabajo. El esfuerzo de los socialistas por llegar á tan quimérico fin servirá únicamente para crear monstruos efímeros; colocados siempre fuera de las leyes del movimiento y de la vida económica.

Los organismos económicos son, como todos los demás, susceptibles de adelantamiento, se transforman constantemente, y la producción es más perfecta cada día. Pero en sus transformaciones progresivas, las funciones y atribuciones que la naturaleza ha destinado á los agentes de la producción no varían, ni está en poder del hombre modificarlos. Hoy, como hace cuarenta siglos, el capital dirige y dispone las empresas, porque es el único

capaz de cargar con la responsabilidad que de ellas resulte, aunque digan y pretendan lo contrario los señores socialistas.

Las asociaciones cooperativas, la sustitucion de una parte de las ganancias en vez del jornal, y todas las teorías de Darwin y de otros, me parecen, por lo ménos, retrógradas, pues nadie podrá persuadirme de que el progreso consiste en lo eventual; ántes bien creo que se halla únicamente en asegurar lo cierto, alejando lo fortuito.

En este punto capitalísimo hay gran divergencia entre los maestros del socialismo.

Muchos de ellos desdeñan ocuparse en indicar ó establecer el tipo del jornal, suponiendo que éste no es más que una transformacion de la esclavitud. Y como segun ellos la esclavitud no se mejora, sino se suprime, ni siquiera se dignan pedir la reforma de las leyes que protegen á los fabricantes contra los obreros, y viceversa. Tan errada opinion ha sido enérgicamente combatida desde hace algun tiempo por los nuevos internacionalistas; y el desarrollo de los *Trades-Unions* en Inglaterra, la creacion de las sociedades de resistencia en Francia y el sostenimiento de precios en Bélgica, han decidido, por fin, á la *Asociacion Internacional de trabajadores* á declararse resueltamente partidaria de la multiplicidad de esa especie de sociedades, empeñándose en hacer esfuerzos para federarlas, y sobre todo para mancomunarlas con los principios del socialismo.

La *Asociacion Internacional* se propone nada ménos que hacerse dueña de un poder capaz de fijar segun sus deseos el tipo del jornal; ocupándose muy especialmente en organizar en todas partes sociedades de resistencia, con sus administraciones locales y con recursos propios (pero siempre dependientes de la *Internacional* y de su comité directivo), que en último caso decide cuándo conviene entablar la lucha con los fabricantes ó jefes de industria llevando á cabo huelgas y tumultos. Si un motin ó lucha se decreta ó efectúa sin el asentimiento del comité central, soporta los gastos y las consecuencias de la intentona; mas si, por el contrario, se ha consultado y tomado la venia del comité central, y éste la aprueba, todas las sociedades afiliadas deben contribuir á soportar los gastos y proteger á los que hayan caido bajo el peso de las leyes.

El bello ideal de la formidable *Asociacion* tiende á multiplicar en el continente las sociedades parciales de resistencia; de tal suerte, que cada ramo de la industria, cada oficio, concluya por tener la suya, y logre como el *Trades-Union's* inglés reclutar sus afiliados por centenares de miles, contar sus recursos por millones.

Pretende, además, que esas asociaciones locales pongan sus fuerzas y recursos metálicos á disposicion del comité central. Quiere que su poder sea formidable y su ascendiente é influencia irresistible; que los jefes de industria, los dueños de fábricas estén á sus plantas, y, teniendo en sus manos el trabajo monopolizado, poderlos arruinar no otorgándoles jornaleros ó imponiendo precios onerosos.

La *Internacional* no quiere, sin embargo, la inmediata muerte de los que llama pecadores, sino disponer de la fortuna y de la honra de los grandes fabricantes y propietarios; tener el poder de atraer sobre ellos la ruina y la bancarota, para entablar entónces negociaciones y comprarles sus propiedades, sus fábricas, industrias ó factorías, á fin de ponerlas á disposicion de los afiliados, transformando las sociedades actuales en asociaciones obreras organizadas segun el sistema comunista, mutualista ó colectivista. Cuando esto se logre, los obreros ó jornaleros se denominarán *asociados*; no habrá ya la explotacion del hombre por el hombre, y la liquidacion social estará hecha. Tal es á grandes rasgos el plan de la *Internacional*. Pero ese plan ¿es practicable? Aunque la *Internacional* llegue á cubrir el mundo de sociedades parciales de resistencia, obedeciendo todas al comité central y disponiendo de millones de onzas, no ha de poder arreglar á su gusto el tipo de los jornales.

Existen, desgraciadamente, grandes diferencias entre los jefes de industria y los obreros, entre los propietarios y sus criados. Hay entre ellos una lucha constante y ardiente, cuya explosion son las huelgas. No parece sino que el trabajo, que es una mercancía como otra cualquiera, tiene índole diversa de las demas, es de naturaleza distinta, ó posee privilegios especiales, dado que suscita entre el comprador y el vendedor un espíritu de hostilidad nada comun en las otras especies de transacciones. El industrial y el propietario mantienen, por lo regular, relaciones amistosas

con quien les vende lo necesario para sus industrias; esto es, máquinas, instrumentos, combustibles, lanas, cáñamos, algodones, etc., etc.; jamás se creen los unos explotados por los otros. Únicamente el obrero, vendedor del trabajo, está animado hácia el comprador de su mercancía de sentimientos diferentes de los que animan á los vendedores de todas las otras mercancías conocidas. ¿En qué consiste tal fenómeno? Examinémoslo.

El que pone en movimiento una industria, no sólo necesita máquinas, herramientas y materias primeras, sino un personal de obreros. Búscales, pues, y les pide su trabajo, de igual modo que pide máquinas ó herramientas á los constructores, lino ó algodón á los negociantes que lo expenden. Los contratos estipulados con los obreros son esencialmente de la misma índole que los que hace con los fabricantes de instrumentos, ó con los negociantes en materias necesarias á su fabricacion. Si, como dicen los socialistas, fuese cierto que existe un antagonismo *natural* entre el vendedor y el comprador del trabajo, ese antagonismo no debería limitarse á las relaciones entre el industrial y el jornalero; debería ser universal, y, por consecuencia, todo cambio habria necesariamente de llevar consigo ese carácter de hostilidad y antagonismo.

Por dicha, no sucede así; pues si bien en el momento de la transaccion el interes del vendedor no es idéntico al del comprador, no se deduce de ello que el uno sea enemigo mortal del otro, ni que la ganancia que el comprador se promete realizar sea necesariamente pérdida que el vendedor experimenta. Si en algunos casos la ineptitud ó la mala fe producen errores, engaños ó perjuicios, ahí están el Código y los tribunales para restablecer la equidad y la justicia. Hay además un regulador que reparte equitativamente las ganancias: tal es la *concurrencia*, que logra por lo regular establecer el beneficio mismo que pertenece al cambio que hace el vendedor con el comprador, permitiendo así fijar la verdadera ganancia y llegar á su justa division. Es, pues, falso que el vendedor sea enemigo natural del comprador, y que la ganancia del uno estribe en la pérdida del otro. No es sostenible que exista esa desigualdad natural entre las ganancias que obtienen el industrial y el obrero. Á ser cierta, el jornalero estaria siempre sujeto á sufrir la ley que quisiese imponerle el industrial, y en-

tónces las leyes naturales de la equidad aconsejarían la supresión del salario, reemplazándolo por otro medio de retribucion.

Pero fácil es convencerse de que no existe semejante desigualdad de situacion. Supongamos por un momento que efectivamente el jornal está sometido á la voluntad del que lo paga, y que por consecuencia decae y se encuentra reducido al minimum del precio de las subsistencias, ó sea á lo estrictamente necesario para que un hombre no se muera de hambre. Si así fuese, hace ya mucho tiempo que, por virtud del natural influjo de esa desigualdad, el poder del que paga habria hecho una especie de nivelacion, merced á la cual hubieran descendido todos los salarios á equipararse con el minimum de las subsistencias, sin tener en cuenta para nada la habilidad, el talento ó los dones naturales. ¿Sucede así por acaso? ¿Quién se atreverá á negar que existe una multitud de profesiones é industrias retribuidas con salarios muy superiores al minimum de lo indispensable para que viva una persona? Los cinceladores, los escultores, los cantantes, las bailarinas, que reciben más crecido salario que los ministros, ¿no cobran el precio de su trabajo lo mismo que el gañan que conduce una yunta ó la cardadora que trabaja en una manufactura de tejidos? Los directores ó administradores de caminos de hierro y de casas de banca, ¿no son asalariados como los más ínfimos empleados y jornaleros de esos mismos establecimientos?

¿No es esto evidente prueba de que el asalariado no está fatalmente á discrecion de quien le da el salario? ¿Acaso el dueño de una fábrica se halla investido del poder discrecional de dictar la ley á los obreros á quienes compra su trabajo? ¿Porqué tanta y tan funesta discordia cuando se trata de comprar el trabajo, mientras que no existe ninguna en el vasto dominio de los demas ramos del cambio, ó sea de la compra y de la venta?

La causa del mal no está donde lo indica el socialismo; por consiguiente, el remedio es muy distinto del que propone la *Asociacion Internacional de trabajadores*.

La mayor parte de los propietarios, industriales, labradores y comerciantes, si las circunstancias lo exigieran (por más que las consecuencias fuesen muy perjudiciales á sus intereses), tendrian medios de vivir un año con el capital de que disponen, sin emplear ni un solo jornalero. Pocos de estos podrian subsistir un

mes sin trabajo : ninguno esperarle con holgura durante un año. En esto existe, efectivamente, una gran desigualdad, que la legislación no debe desatender protegiendo al maestro ó propietario en detrimento del bráceró, ni exagerando la protección excesiva al consumidor contra el expendedor de cereales ó de pan. La terrible guerra económica que ha surgido entre el expendedor y el comprador del trabajo, ha demostrado por una larga experiencia que al arbitrio de aquella de las dos partes que puede por más tiempo suspender la oferta queda el dictar condiciones. De aquí proviene que los que se sentían más débiles hayan buscado medios de defensa, organizando al principio y en secreto sociedades de socorros mutuos, para venir progresivamente á los *Trades-Unions*, á las afiliaciones tenebrosas, y, por último, á la *Internacional*.

Avasallar á una de las dos partes beligerantes no es buen camino para terminar la ardiente lucha que se quiere mantener á toda costa entre los que necesitan del trabajo y los precisados á vivir de él. Si los directores de la *Internacional* hubiesen estudiado con detenimiento la historia de los *Trades-Unions* ingleses, y considerasen imparcialmente el cambio que desde hace medio siglo se está efectuando en el mercado del trabajo, no ensayarían una táctica ya gastada en esos mismos *Trades-Unions* que les han servido de modelo; ántes bien adoptarían un sistema más adecuado á los verdaderos intereses de los que viven de su trabajo.

No pondremos fin á estos renglones sin insistir sobre el punto esencial del litigio. Estando determinado el precio del trabajo, como el de toda mercancía, por la ley de la oferta y del pedido, las relaciones de los obreros con los fabricantes, industriales ó propietarios que los emplean, no deben diferir de las que existen entre los expendedores de todas las demás mercancías indispensables á la producción ó á la manutención; y si, por otra parte, en virtud de su naturaleza particular, la mercancía trabajo tiene apremiante necesidad de venderse, y esto produce desigualdad con el que la compra, por serle ménos onerosa la demora en la transacción, hay que salvar tal inconveniente buscando el remedio, no en vanas teorías ni en utopías engañosas, sino en el desarrollo de la concurrencia, verdadero nivelador de todo comercio.

Nada en lo humano es absoluto. Ningun proyecto de dominación única y universal es realizable. Los sistemas y teorías sobre las huelgas, la sustitución colectiva de la negativa al trabajo, los *Trades-Unions* que ponen á disposición del obrero los fondos necesarios para subsistir mientras dura la huelga, no son medios eficaces para zanjar la dificultad. La creación del *Lok out* inventado por los propietarios é industriales ingleses para precaver los peligros y no dejarse imponer por las amenazas del *Trades-Union's* (cuya historia, así como la del *Lok out*, bosquejaré en otro artículo), basta para comprobarlo.

Optimista por naturaleza, no puedo creer en los progresos que realiza la *Internacional*. Antes por el contrario, observo que, bajo la influencia del engrandecimiento constante del mercado donde se expende y compra el trabajo, los *Trades-Unions* y todas las asociaciones de resistencia se modifican visiblemente; y no sólo dejan de crecer en importancia, sino que se desprestigian de día en día, poniendo cada vez más de bulto que el salario es una forma mucho más segura de retribuir el trabajo que la tan decantada por los socialistas de la participación en las ganancias.

Se ve, pues, que la solución del problema llamado á restablecer las relaciones pacíficas entre el industrial y el obrero, entre la propiedad y el trabajo, no está subordinada, como pretenden los socialistas, á la intervención de nuevas combinaciones que modifiquen la retribución del trabajo, alterando al mismo tiempo la forma de la sociedad. En materia de contratos la forma importa poco. Lo que importa es la independencia respectiva é igual de los contratantes, sin lo cual no puede haber libertad completa en la deliberación, ni justicia en las condiciones del ajuste, ni paz entre los que hacen el pacto.

El cambio de la forma es secundario, y ha de buscarse, á ser preciso, en la concurrencia y en los enemigos capitales de los internacionalistas; es decir, en el orden, la ley, la familia y la patria.

EL MARQUES DE BEDMAR.



CARTAS Á UN OBRERO ⁽¹⁾

CARTA SEGUNDA

Mi apreciable Juan: Un capitán de la antigüedad, á quien se amenazaba con la fuerza cuando exponía la razón, dijo:—*Pega, pero escucha.*—A tí te se puede decir: *Escucha, y no pegarás*, y añadir: *ni te pegarán.*

Supongo que estamos en el buen terreno, en el de la discusión; supongo también que entras en ella lealmente, con el deseo de que triunfe la verdad, y el propósito de no negarla, si la llegas á ver clara.

Una duda me asalta y aflige. ¿Serás de los que no tienen ninguna creencia religiosa? Si es así, nos entenderemos con más dificultad. Tú dirás: ¿Qué tiene que ver la religión con la economía política, con la organización económica? ¿Sabes el catecismo? Es posible que no le hayas aprendido, que le hayas olvidado, que me respondas á la pregunta con una sonrisa de desdén. Allí se dice que Dios es PRINCIPIO Y FIN DE TODAS LAS COSAS, y la prueba de esta verdad se halla en todas ellas, si á fondo se estudian. Un gran blasfemo, en un momento en que su genio se abría paso al través de su soberbia y de su espíritu de paradoja, como un rayo de sol á través de una nube preñada de tempestades, un gran blasfemo ha dicho, que toda cuestión *entrañaba en el fondo una cuestión religiosa*. Así es la verdad. Donde quiera que va el hombre lleva consigo la cuestión religiosa, que envuelve y rodea su alma, como el aire envuelve su cuerpo, sépalo ó no.

En cualquiera cuestión social grave, hay dolor. Si no le hubiera, no habría discusión: nunca les preguntamos á los placeres de dónde vienen; el origen y la causa de las penas es lo que investigamos, á fin de ponerles remedio. ¿Cuál es la causa de que ventiles la cuestión de la falta de trabajo, ó de que esté mal retribuido? El que la carencia de recursos te impone privaciones, te *mortifica*, te hace *sufrir*. ¿Por qué? ¿Para qué? No lo sabes. Dolor y misterio; es decir, cuestión religiosa en el fondo de la cuestión económica. Si nada crees, el *misterio* se convierte en *absurdo*, el dolor en *iniquidad*, y en vez de la calma digna del hombre resignado, tendrás las tempestades de la desesperación, ó el envilecimiento del que se somete cediendo sólo á la fuerza. Si no tienes ninguna creencia; si no ves en el dolor una prueba, un castigo ó un medio de perfección; si, cuando no hay cosa

(1) Revisadas, refundidas y ampliadas por la autora para LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, hemos comenzado á insertar en el núm. 3.º y en el presente de nuestra Revista las *Cartas á un obrero*, debidas á la pluma de la distinguida escritora Doña Concepcion Arenal.

creada sin objeto, supones que el dolor no tiene ninguno, ó sólo el de mortificarte, no puedes tener la serenidad que se necesita para combatirlo. Todo cuanto te rodea, tu ser físico, moral é intelectual, está lleno de misterios y de dolores. Si nada crees, ninguna virtud tiene objeto, á no tener más ley que tu egoismo ni más freno que la fuerza bruta. Tú no eres un malvado, no obstante; eres, por el contrario, un hombre bueno. El Dios que tal vez niegas te ha dado la conciencia, el amor al bien, la aversion al mal, y este divino presente no puede ser aniquilado por tu voluntad torcida.

Como me he propuesto escribirte sobre economía social, y no sobre creencias religiosas, no hubiera querido tocar esta cuestion grave, que no debe tratarse por incidencia; pero donde quiera que vayamos la religion nos sale al paso, y si no tienes respeto para el misterio y resignacion para el dolor, nos entenderemos, como te he dicho, con mucha más dificultad.

Al hablarte de resignacion, no creas que te aconsejo únicamente que sufras por Dios tus dolores sin procurarles remedio eficaz, no.

La resignacion no es fatalismo ni quietismo; la resignacion es paciencia, que economiza fuerza; calma, que deja ver los medios de remediar el mal ó aminorarle; dignidad, que se somete por convencimiento.

En la resignacion puede y debe haber actividad, perseverancia, firmeza para buscar remedio ó consuelo á los dolores; puede y debe haber todo lo que le falta á la desesperacion que se ciega, cuyos movimientos son convulsiones, que producen la apatía despues de la violencia. Una mujer ha comparado el dolor á un vestido con espinas en el forro. Si los movimientos del que le ciñe son suaves, puede llevarle sin gran daño, y áun irselo quitando poco á poco; si son violentos, se clava, se ensangrienta, sufre de un modo cruel: no se puede decir nada más exacto.

¿Has visto alguna vez enfermos que se resignan y enfermos desesperados? Habrás podido notar la especie de alejamiento y de horror que causa el que se desespera, y cuánto interes, lástima y respeto inspira el que se resigna. Para el que nada cree, la desesperacion es lógica siempre que hay dolor. ¡Cómo es repugnante al que la ve, sea creyente ó no, y la resignacion simpática? Esto debe darte que pensar.

La resignacion es una necesidad para los individuos y para los pueblos; quiero decirte cómo la entiendo yo. Es, á mi parecer, *la conformidad* (con la voluntad de Dios, si, como deseo, eres creyente, con la fuerza de las cosas si no crees), es *en los males la conformidad que excluye la violencia y deja serenidad y fuerza para buscarles remedio ó consuelo*.

Al llegar aquí, tal vez te figures que hablo de tus males de memoria. Aunque me sea muy desagradable hablarte ni un momento de mí, puedo asegurarte con verdad, para que no me recuses por incompetente, que sé por experiencia lo que te digo;

que sé lo difícil que es la resignacion en algunos casos, y lo necesaria que es en todos.

No basta, Juan, que desarmes tu brazo del hierro homicida; es necesario tambien desarmar el ánimo de los sentimientos que le agitan y que le ofuscan, para que tranquilo y con calma puedas ver la verdad y comprender la justicia. Una de las cosas que contribuirían á calmarte, sería la apreciacion exacta de la *pobreza* y de la *riqueza*, considerada como elemento de felicidad.

Voy á decirte una cosa que tal vez parezca muy extraña. *La pobreza no es cosa que se debe temer, ni que se puede evitar*. Lo terrible, lo que ha de evitarse y combatirse á toda costa, es la *miseria*. Aquí es necesario definir.

Pobreza es aquella situacion, en que el hombre há menester trabajar para proveer á las necesidades fisiológicas de su cuerpo, y en que puede cultivar las facultades esenciales de su alma.

Miseria es aquella situacion, en que el hombre no tiene lo necesario fisiológico para su cuerpo, ni puede cultivar las facultades esenciales de su alma.

Lo necesario fisiológico es alimento, vestido y habitacion tales que no perjudiquen á la salud.

Las facultades esenciales del alma son las que forman el hombre moral, las que le elevan á Dios, y le dan idea de deber, de derecho, de virtud, de bondad y de justicia.

Todos los hombres no han de ser sabios, pero todos han de saber lo necesario para cumplir con su deber y hacer valer su derecho: esto es lo *esencial*. La dignidad del hombre no está en saber cálculo diferencial, derecho romano, patología ó estrategia: no está en pintar el Pasmó de Sicilia ó dar el *do* de pecho.

Los hombres científicos y los artistas, que saben y hacen todas estas cosas, pueden ser unos *miserales*, si faltan á sus deberes, si son malos padres, malos hijos, malos esposos, malos amigos, malos ciudadanos; si, viciosos, egoístas ó criminales, prostituyen vilmente su inspiracion ó su ciencia.

Por el contrario, el obrero cuya ciencia se limita á cavar la tierra, puede ser digno, muy digno, si cumple con su deber, si sabe hacer valer su derecho. La ciencia y el arte es bella, sublime, provechosa, pero no esencial, indispensable; la moral, esto es lo que no se puede excusar.

El hombre moral es verdaderamente el hombre, y el hombre moral se halla, puede hallarse en el pobre, á quien es dado recibir la instruccion necesaria para comprender la justicia y practicar la virtud.

La pobreza, que no perjudica á la salud del cuerpo ni á la del alma, que deja al hombre robusto, honrado y digno, no es una desgracia. El mal, lo terrible, lo que debemos combatir, es la miseria.

Esto, que es evidente para el que reflexiona, se confirma con la observacion de lo que en el mundo pasa. Todos tenemos, Juan, una marcada tendencia á tomar como base de felicidad la misma que sirve para imponer la contribucion; esto es, *la renta*. ¿El ve-

cino tiene doce mil duros anuales? Es dichoso. ¿Doce mil reales? La vida para él es llevadera. ¿Mil? Es desgraciado. Comprendo la dificultad de que suceda de otro modo.

Ese hombre está desnudo, descalzo, hambriento; es un mal evidente, y el que pasa le compadece: aquel otro tiene odio, amor, ambición, codicia, remordimiento, envidia; su alma se agita en una terrible lucha; su corazón está desgarrado, destila hiel... Si va á pié, la multitud no repara en él; si va en coche, le envidia. ¿Cómo ha de creer el opulento que la felicidad existe bajo un humilde techo, ni sospechar el pobre que la desdicha mora en un palacio? Y no obstante, así sucede muchas veces.

De que la riqueza no es la felicidad, ni la pobreza la desgracia, se ven pruebas por todas partes. Observa, Juan, cualquiera diversion en que haya ricos y pobres, y verás que la alegría está en razon inversa del precio de las localidades; que los que han pagado poco se divierten, y los que se aburren y se hastían están siempre entre los que ocupan los asientos más caros. En los paseos puedes hacer la misma observacion: el aire de tristeza suele aumentar con el precio del traje, y casi nunca se ven alegres más que los pobres y los niños.

Dirás tal vez que la alegría no es la felicidad; ciertamente, pero la felicidad es una excepcion; entra en el orden social por una de esas cantidades que los matemáticos dicen que pueden despreciarse sin que resulte error apreciable. El bienestar, el contentamiento, la alegría ó la resignacion, esto es lo que conviene y lo que es posible estudiar, porque la felicidad, las pocas veces que existe, es una cosa tan íntima, tan concentrada, que no se revela por señales exteriores, y áun es posible que aparezca triste, melancólica, y muy fácil de confundir con el dolor.

Pero si no es posible estudiar la felicidad, lo es el estudiar la desgracia en su último grado, en su expresion más terrible, cuando llega hasta el punto de hacer odiosa la vida. Un suicida supone muchos desesperados: un desesperado muchos desgraciados: de modo que se puede afirmar que en aquella clase en que es más frecuente el suicidio, es más acerba la desgracia. Ahora bien: la estadística dice que la clase mejor acomodada y ménos numerosa da la casi totalidad de los suicidas; es decir, que por cada pobre desesperado hasta el último extremo, se desesperan ciento, doscientos ó mil ricos: no es fácil establecer la proporcion exacta.

Esto debe hacerte sospechar, Juan, que hay en la pobreza y en la riqueza males y bienes en que no habias pensado, y que la fortuna, como una madre imprudente, sacrifica muchas veces á los hijos que mimas. Necesitaria escribir un libro para darte alguna idea de por qué los ricos suelen ser más desgraciados que los pobres; pero como en vez de libro tengo que reducirme á los párrafos de una carta que no debe ser demasiado larga, te indicaré brevemente algunas ideas.

El problema del bienestar del pobre es muy sencillo: se reduce á cubrir sus verdaderas necesidades. El del rico es compli-

cadísimo; porque sus necesidades no están marcadas por la naturaleza, ni limitadas por ella.

La vida es un combate: en el pobre, contra los obstáculos materiales; en el rico, contra los que halla su corazón, su inteligencia, su imaginación. Los deseos del pobre, efecto por lo general de necesidades fisiológicas, son ménos numerosos, más razonables, más fáciles de satisfacer, y tienen una esfera de acción más limitada. Los deseos del rico le vienen de su corazón, que se extravía, de su corazón, que se apasiona, de su amor propio, que delira: parece que á veces, lanzados por el cráter de un volcán, recorren el infinito y descienden á la tierra convertidos en llanto. Esto, Juan, es capital. Cuando el pobre no tiene hambre ni frío, está contento. ¡Qué de condiciones, y qué difíciles de conseguir, para contentar al rico!

En el bienestar del pobre no suele entrar por nada el amor propio; en el del rico suele entrar por mucho. El pobre no come, ni viste, ni se pasea, ni se divierte, ni se mortifica por vanidad; rara vez sin ella hace el rico ninguna de estas cosas. Esto es capital también. El bienestar confiado al amor propio, es como el sueño confiado al opio: hay que ir aumentando la dosis de veneno, y muy pronto hay que elegir, entre la vigilia llena de dolores, ó el sueño de la muerte.

Era necesario que entrásemos aquí en largas explicaciones, pero falta espacio; sirva de comentario el hecho que vuelvo á recordarte, de que los suicidas pertenecen, por lo general, á la clase bien acomodada. Los ricos sufren y se matan por desgracias de que tú, Juan, no tienes ni la idea. No los envidies, créeme; el dolor y el placer están distribuidos, si no en la forma en la esencia; con más igualdad y más justicia de lo que tú has imaginado.

¡Y la miseria! ¡Ah! Es horrible, muy horrible, amigo mío. Combatámosla sin tregua, sin descanso; mas para combatirla con todas nuestras fuerzas, es preciso no distraerlas luchando con males imaginarios.

CONCEPCION ARENAL.

SECCION HISTÓRICA ⁽¹⁾

EXTRACTO DE LA DISCUSION SOBRE LA INTERNACIONAL

EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS DE ESPAÑA

Sesion del 7 de Octubre de 1871 y siguientes.

El Sr. Rodriguez (D. Gabriel).

En Junio último, cuando me ocupé de la Internacional, declaré que las ideas de esta y sus tendencias, eran inmorales, injustas, perjudicialísimas, absurdas y de imposible realizacion, segun se las considerase á la luz de la moral, á la luz del derecho, en el terreno de la conveniencia, á la luz de la razon, y en el órden de los hechos.

Estas mismas apreciaciones las repito ahora, sin embargo de creer que es preciso respetar la existencia de la Internacional, mientras se someta á las leyes; que es menester combatirla sólo en el terreno de las ideas y de las doctrinas, y combatirla por los medios legales, sin emprender contra ella una persecucion, que seria ineficaz.

¿Qué ha sucedido desde entónces, para que haya entrado en el ánimo de todos ese miedo por la Internacional? ¿Qué motivos hay para que en el exámen de la vida de esta Asociacion invirtamos más tiempo que ningun Parlamento del mundo? ¿Qué nuevos actos de la Internacional han sido conocidos, para que los que ántes no tenían miedo le tengan ahora?

No tengo noticias más que de hechos pequeños y de escasa importancia, y creo conocer los adelantos, los progresos, los planes, las tendencias de la Internacional.

La Internacional ha celebrado reuniones (meetings) en Valencia, y ha salido con las manos en la cabeza, pues en lugar de hacer proselitos y de aumentar sus partidarios, los ha disminuido, habiendo una gran reaccion en las clases obreras contra esta Sociedad.

La Internacional ha celebrado otra reunion en Madrid, la de los Campos Elíseos; y en esta reunion ¿creéis ver un progreso de la Internacional? Pues yo veo todo lo contrario; veo una verdadera decadencia; sus oradores más principales no han concurrido á ella; sólo han asistido hombres de segunda fila, pues que los primeros no se han atrevido á presentarse; el público que allí habia componíase de curiosos; y de esta reunion ha salido la Internacional de Madrid con mucha ménos fuerza moral que tenia ántes.

(1) Véase el número anterior.

En el resto de Europa sucede lo propio, pues que donde se presenta la Internacional públicamente, es recibida con marcada antipatía, y en algunas partes, como ha sucedido en el congreso de Lausanne, han sido silbados y apostrofados sus oradores.

Analizando la Asociación Internacional, no es más ni ménos que la forma que la idea socialista ha tomado en el siglo en que vivimos; y el socialismo existe desde que el hombre salió del Paraíso.

El socialismo no es más que la idea comunista que ha existido perpetuamente y existirá en las sociedades humanas, que en todas las épocas ha luchado constantemente contra el espíritu individual, mientras que éste ha luchado contra el comunismo.

Las primeras fórmulas socialistas que han tenido alguna popularidad en nuestro siglo, proceden de la clase media; pero todas eran de imposible realización inmediata, y así lo comprendieron sus autores *Saint Simon, Fourier, Considerant, Cabet* y otros, hasta que en 1848, un gran trastorno social en Francia permitió que llegasen al poder hombres que eran socialistas y que tenían un sentido algo más práctico que los otros utopistas: los hombres del socialismo por medio del *derecho al trabajo*.

Esta fórmula se desacreditó instantáneamente en cuanto empezó á tener una sanción práctica, en el momento en que se crearon los talleres nacionales; pero el movimiento socialista no muere por eso.

Abandonada esta fórmula, busca otras, y las clases obreras de Inglaterra empiezan á organizar las sociedades cooperativas, y las de Francia las de resistencia, y en Alemania vemos el movimiento socialista en la forma también de sociedades cooperativas.

Continuando este movimiento en todos los pueblos de Europa, viene el fenómeno de la Internacional; fenómeno naturalísimo, lógico, consecuencia de las condiciones de nuestro tiempo, porque todo toma hoy el carácter internacionalista.

Es injusto atribuir toda la responsabilidad de lo ocurrido en París á la Internacional: esta Asociación ha contribuido, sin duda alguna, ayudando á los principales autores; pero no ha llevado la dirección, ni le cabe la mayor responsabilidad en estos acontecimientos, pues que de 79 individuos que componían la *Commune*, solo 20 eran internacionalistas.

Pero después de esta gran catástrofe, la Internacional está llamada fuera de las vías en que tuvo origen, y es ya indudablemente una fórmula perjudicial para las clases obreras, que ya no puede dar por resultado lo que de ella se esperaba en sus primeros tiempos; es una fórmula peligrosa indudablemente, y se debe á toda costa tratar de contenerla y de transformarla.

Es necesario convenir, sin embargo, en que la Internacional no es lo mismo hoy en todos los países de Europa; que los ingleses, por ejemplo, no piensan en la mayor parte de las cuestiones como los franceses, los alemanes y los españoles; y para que se vea mi imparcialidad, yo reconozco que los de peores ideas y

tendencias son los españoles, porque han copiado y aun exagerado todos los disparates y absurdos de los franceses.

Las tendencias de la Internacional me parecen inmorales, porque todo lo que se apoya en la doctrina sensualista es inmoral, y el espíritu que hoy anima á la Internacional es profundamente sensualista. Pero legalmente, ante los poderes del Estado, ¿hay algo de inmoral en lo que dice y en lo que hace? Vamos á examinarlo.

En primer lugar, el objeto de la Internacional, considerado en sí mismo y en su origen, no tiene nada de punible. Los obreros se reúnen y se asocian para tratar de mejorar su suerte, para tratar de emanciparse de lo que creen el dominio ó la tiranía del capital, para pasar de la condicion de obreros á la de propietarios. Si este fin es ilícito, ilegítimo, inmoral, no hay nada que sea lícito, legítimo y moral. ¿Qué medios emplean los obreros de la Internacional para conseguir este resultado? Emplean la prensa, la reunion pacífica, la asociacion. Estos medios son legítimos. ¿Lo serán las ideas? ¿Lo serán las doctrinas de la Internacional? Aquí se entra en un terreno peligrosísimo; porque desde el momento que se admita que hay doctrinas que sin llegar á realizarse en actos contrarios á la ley pueden ser castigadas, habremos concluido con la libertad de asociacion.

Si las doctrinas erróneas quieren plantearse por la fuerza y por medios ilegales é ilícitos, si se emplea la amenaza y la violencia, entónces ahí está la ley, bastando tan sólo que los jueces cumplan en toda España con su deber.

Pero las ideas de la Internacional contrarias al derecho de propiedad, al capital, á la familia, á la herencia, á la patria y á Dios, por más que sean absurdas é imposibles, deben respetarse en el que las profesa y las predica lealmente por los medios que le reconoce la Constitucion del Estado.

No hay que escandalizarse de la doctrina mutualista, ni se debe llamar inmoral á la Internacional porque profese la idea de que el capital es improductivo, porque en este punto se hallan conformes la escuela economista católica y la Internacional.

Respecto de la cuestion de la herencia, nada puede decirse despues de lo dicho relativamente á la propiedad y al capital. Pues qué, ¿puede haber herencia si no hay propiedad individual? Desde el momento en que toda la tierra y todo el capital sea poseido en comun, ¿hay algo que dejar en herencia?

Quiere destruir tambien el *Estado histórico*, pero realmente para sustituirle con otro mejor, y que será la gran federacion y asociacion de obreros agrícolas é industriales.

La patria.—La Internacional ataca y condena la idea de la patria. Pero ¿acaso es la Internacional la única que en el sentido científico, en el sentido humanitario, ha dicho que es preciso poner sobre la patria un ideal superior, el ideal de la humanidad? Pascal decia que *el sentimiento de la familia debia subordinarse al sentimiento de la patria y este al de la humanidad y al de la justicia*. Todos los filósofos sin desconocer el sentimiento de patria, santo

y respetable, colocan sobre este sentimiento un ideal más alto: el ideal de la humanidad viviendo y desarrollándose en la totalidad de la tierra.

La familia.—Yo creo que el juzgar las ideas de la Internacional como se ha hecho por algun orador al hablar de este asunto, no tiene razon de ser; así como tambien se equivoca la Internacional por tener una idea diferente de la que todos tenemos respecto de la familia. Lo mismo digo de las ideas que algunos internacionistas tienen de Dios y del sentimiento religioso. Pero tenemos la libertad de cultos; con esta libertad puede haber religiones diversas; y sin embargo, dentro de esas religiones hay familias respetables y dignas.

Para concluir: nada es, en mi concepto, tan oportuno, como apuntar los remedios que pueden escogerse para combatir la Internacional.

El pánico que inspira existe, aunque se exagera; eso no puede dudarse. Hay una porcion de gentes en provincias que no saben lo que es la Internacional, que se figuran que es un monstruo que nos va á destruir, y es preciso que sepan que no deben tener tanto miedo y que hay medios de luchar contra ella.

Yo no puedo aceptar los medios que proponen el señor ministro de la Gobernacion y el Sr. Nocedal. El primero quiere emplear medidas de fuerza, y el segundo nos dice: «Contra la Internacional no hay más que D. Carlos,» «ó D. Carlos, ó el petróleo.» No hay que buscar el remedio por estos lados, porque nada se conseguiria.

Contra la Internacional no hay más que un medio, y es no tenerle miedo; discutir y luchar con ella, solos ó asociados, y emplear los medios que ella emplea para propagar sus doctrinas y realizar sus planes, y no confiar en el Estado y en el gobierno. Donde se vea una idea de la Internacional, combatirla; donde se vea una seccion de la Internacional, formar otra seccion anti-internacional; donde se vea un artículo, escribir otro en contra; y si usa la espada, emplear la espada; pero siempre dentro de la ley.

De esta manera se combate á la Internacional en otros paises.

Yo estoy seguro de que ni en Suiza, ni en Bélgica, ni en Inglaterra se tomarán otras medidas contra la Internacional; yo creo que lo que es preciso hacer despues de combatirla, es considerar la cuestion social con espíritu de paz y de concordia; estudiar la situacion actual de las clases obreras, ver cuáles son los males que sufren, conocerlos, que quizás aún no los conocemos bien; y cuando los hayamos conocido, ver si hay medios de rectificar errores ó de corregir injusticias, para que de esta manera las clases obreras mejoren de condicion y dentro de las leyes vivan en armonia con las demas clases sociales.

El Sr. Salmeron y Alonso (D. Nicolàs).

Se han hecho aquí, Sres. Diputados, varias historias de la Internacional, y yo no pienso hacer una historia más.—No he de parar mi atención en aquella historia tan remota que hace derivar la Internacional del pecado original y la juzga confirmada por la reforma del siglo xvi, ni tampoco en aquella otra historia que sostiene que esta Asociación es pura y simplemente una manifestación pobre, estrecha del socialismo contemporáneo.

Voy á ocuparme sólo de exponer el espíritu común que existe en todas las historias que se han hecho de la Internacional y en el origen que á esta sociedad se le ha atribuido.

Ha venido á resultar de aquí que, rota la antigua jerarquía social, que enlazaba, como los miembros del cuerpo humano, los órganos de la vida en las naciones y los estados, y hacia que todo partiera del espíritu común, que se alimentara de una misma aspiración, y que se dirigiera también á un mismo fin, han venido á quedar disueltos por completo los vínculos que existían entre las clases sociales, abriéndose una lucha, al parecer, á muerte, entre todas ellas, en cuya lucha, cada cual no busca sino la manera de afirmar lo que es para ella un derecho, lo que es para los demás un privilegio ó un monopolio.

Y faltando la solidaridad entre las clases sociales, y siendo aquellas que no han tenido comunes principios y comunes intereses que les diesen cohesión, explotadas por las clases anteriormente constituidas, buscan una organización para oponerla á la antigua.

Pero no basta eso para que se origine una institución social, para que se produzca en la vida una manifestación, sino que siempre es necesario un principio, un fundamento, por el cual se legitime y justifique la aparición á la vida de aquella institución; al modo que todos los hombres estiman que no hay seres en el mundo que no tengan determinada precisamente su aspiración y que no funden en ella su razón y el principio de su existencia; toda vez que, cuando viene un ser al mundo, trae ya señalada su misión, la cual es consagrada, ora por el sentido tácito de la naturaleza, ora por las tendencias ó inclinaciones de su conciencia.

Como de la armonía entre la necesidad y el principio que anima á toda institución humana resulta su vida, de la misma manera ha de existir un principio y un fundamento en el que descansa la Sociedad Internacional de trabajadores.

Ahora bien; en esta situación todos reconocemos que la antigua organización social, rota en pedazos, no puede reconstituirse con la mera representación del poder público, por más que quieran sublimarlo en el majestuoso imperio de los principios, ya por otra parte incompatible con la soberanía de los pueblos. Buscando un nuevo principio para regir las nuevas relaciones de la vida, porque sin regla, sin ley, es de todo punto imposible vivir racio-

nalmente, y en la necesidad de que sea universalmente reconocido y aceptado, no se halla otro más inmediato y accesible que aquel que lleva el hombre en sí, en la unidad de su naturaleza, y que la voz de la conciencia en todos dicta.

Partiendo el hombre de la nuda individualidad, busca en la mera relacion de individuos la forma de su libertad, la ley de su derecho, el principio de la organizacion social. ¿Es extraño que en esto se piense, cuando este movimiento social no nace acá ni allá, sino que está en el espíritu comun de la sociedad presente, hasta en los mismos que lo pretenden negar en absoluto? ¿Es extraño que al ver que no quedan sino restos, cenizas y escombros del antiguo edificio social, se intente reorganizarlo bajo el nuevo principio? ¿Quién ha destruido el antiguo ideal? La clase media. ¿Quién trata de sacar los antiguos escombros y echar los cimientos del nuevo edificio? Es el cuarto estado; son vuestros legítimos sucesores: ellos han aprendido de vosotros á perder la fe en lo sobrenatural, y ellos, que no pueden vivir en medio de la general disolucion del antiguo régimen sin principio, ni ley, ni regla de conducta moral, aspiran á formar conciencia de su mision, para realizarla en la vida.

Ved aquí cómo puedo afirmar que la Internacional representa estas dos cosas: primero, la ruina de la antigua organizacion humana: segundo, el esfuerzo, y no sólo el esfuerzo, sino el ensayo de una reorganizacion y reconstitucion social bajo un principio antitético del antiguo.

Aparte del egoisme de clase y el interes por los bienes materiales, no pueden ni deben asustaros las aspiraciones de la Internacional á reconstituir la sociedad bajo el principio de que el hombre sólo encuentra la norma de su ley en su autonomia, como sujeto de derecho.

¿Es esto, por ventura, decir que se halla de tal manera perdido el sentido comun del hombre como ser racional, que no quede algo de comun regulador entre sus individuos? No; que bajo este principio estima cada cual á los demas en la relacion como á sí propio, haciendo norma y criterio de la vida jurídica la dignidad del individuo. Y de aquí la espresion que está en todos los labios, y que ha llegado á infiltrarse hasta en las clases conservadoras, de que «el derecho de cada uno, sólo tiene por límite el derecho de los demas.» No hay ya doctrinario que no acepte y proclame esta teoria jurídica, enseñada por Kant á la generacion presente.

Lo que la Internacional predica como dogma, es pura y simplemente esto: *La propiedad no debe ser individual, sino colectiva*. Esta declaracion terminante, única hasta ahora, hecha por aquella asociacion, ¿basta para legitimar su proscripcion? Sepámoslo: si vais á perseguir á la Internacional sólo porque profesa una doctrina contraria á la propiedad individual, tened el valor de decirlo; porque sabremos entónces que poneis fuera de la ley esto: el derecho que existe en todo ciudadano para pedir y sostener reformas en la actual organizacion de la propiedad; y

que para negar ese derecho haceis del régimen económico vigente un Corán cerrado á todo progreso.

¿Qué otros motivos se alegan para proscribir la Internacional? Se dice que no sólo combate la propiedad, sino la familia, el sentimiento religioso y la patria. Yo acepto estas conclusiones, pero veamos si son exactas.

Con respecto á la familia, ¿qué piensa y se propone la Internacional? En las declaraciones particulares de sus miembros, pues que hasta ahora ninguna resolución definitiva existe, se ha afirmado aquella teoría del amor libre; pero ¿la entienden los internacionalistas, salvo alguna exageración individual, según aquí se ha interpretado? No, ciertamente. El matrimonio por el amor, que es la expresión más fiel y generalizada de su idea, significa sólo que no quieren mantener la unión conyugal cuando el espíritu y el corazón se divorcian. Y si no se puede alegar un testimonio auténtico de que es la *grosera sensualidad* lo que la Internacional predica, ¿á qué queda reducida esta acusación? ¿Es que estimáis inmoral la teoría del divorcio, vosotros que habeis establecido el matrimonio civil?

Yo que tengo á gran dicha el haber constituido familia y procuro hacer una verdadera religión del matrimonio, y del hogar un templo, vacilo en esta cuestión gravísima, y no tengo por inmoral el pensamiento, ni aun el hecho del divorcio, cuando los santos fines del matrimonio no pueden cumplirse; porque ante la falta de amor que ha unido los corazones en una aspiración piadosa, si se tiene religión, y si no en la íntima comunión de la vida, que completa la personalidad humana, y que la procreación de los hijos santifica; ante la falta del amor, repito, que puede ocasionar intestinas discordias que hagan imposible la educación de los hijos, vacilo y me estremezco, pensando si no sería mejor que los esposos se separaran para no corromper con su ejemplo la familia y la sociedad, y evitar las uniones licenciosas, á que una grosera y ya sin freno sensualidad arrastra. Cuando no representa otra cosa el matrimonio por el amor, ¿os atreveríais á decir que es inmoral esta doctrina? Modelos de esposos y de padres la han profesado, y es cosa digna de tenerse en cuenta.

Y si es esto lo que afirman en punto á la familia, ¿qué es lo que dicen en punto á ese principio más íntimo y que toca más á la inviolabilidad de la conciencia, el principio religioso?

No es que la Internacional haya negado la religión; la niegan sólo algunos que llevan la exageración al absurdo, porque absurdo es negar lo que la negación implica.—Y ¿cuántos fuera de esa asociación no niegan á Dios, y, lo que es peor, afectan creencias que no tienen?—Lo que dicen es que, no sabiendo si existe ó no, y no pudiendo sobre esto dar enseñanza alguna, debe quedar á la conciencia y al criterio individual, el que cada uno confiese lo que bien entienda. ¿Es inmoral el que haya un hombre que diga: «Yo no entro á discutir si hay un ser absoluto, principio y creador del mundo, ordenador de las universales relaciones; yo digo solo que no lo sé, pero si hay otro que lo crea y confiese, no le

censuro; es cosa pura y simplemente reservada á la inviolabilidad de la conciencia individual?» ¿O es que se pretende que *velis nobis* hayamos de confesar á Dios, aunque no le tengamos en nuestro corazon ni en nuestra conciencia? ¿Quiere hacerse una sociedad de hipócritas, ó una sociedad de hombres sinceros y varoniles, que sean capaces de decir ante los demas: «Yo no tengo Dios, pero ved mi vida moral y observad cómo cumpló mis deberes?»

Examinemos la última afirmacion, porque se acusa á la Internacional, que es la negacion de la patria. ¡Ah, señores! Los internacionalistas no son los primeros que han profesado esas ideas.

Reveladores y filósofos la han predicado en todos los tiempos. —Pero en ellos es verdad que ha cobrado nueva fuerza y se ha convertido en una organizacion, en la que los trabajadores persiguen un fin comun de clase sobre las diferencias de nacionalidades.

Afirman, es cierto, que por encima de la idea y del sentimiento de la patria hay otra idea superior: la de la comunidad de la raza y de la civilizacion en medio de la cual se vive, y sobre ésta, la comunión de la humanidad. — ¡Ah, señores! aparte el egoísmo de clase, que yo repruebo, ¿no veis aquí, aunque partiendo de un principio meramente humano, y para un fin puramente económico, la aspiracion al cosmopolitismo, que ha levantado siempre los espíritus, y que santificó el cristianismo, llevándolo hasta la comunión de los vivos con los muertos?

Pues cuando este sentido del espíritu late en la historia de la humanidad, ¿es inmoral quien dice «no es que yo niegue la patria, no; es que existe la comunidad humana entre nacionales y extranjeros, es que hay comunidad de fines entre todos los hombres?» Y así como no se cultivan ya la ciencia ni el arte en el estrecho círculo de las escuelas patrias, sino con espíritu universal humano; y así como la religion no debe ser anglicana ni romana, sino que, salvando las diferencias de razas y aun de comuniones particulares dogmáticas, debe ser la religion que una á todos los hombres en la conciencia y amor de Dios, ¿por qué no ha de ser permitido á los trabajadores que formen una asociacion Internacional para establecer las leyes universales del régimen económico, con lo cual se preparará hasta la desaparicion del antagonismo de las industrias nacionales? ¿Puede estimarse esto como inmoral, ni como atentatorio á la seguridad del Estado? ¿Es por ventura que se ataca con esto la existencia del Estado nacional? Invócase como prueba de la relajacion del sentimiento de la patria la conducta de los internacionalistas franceses y alemanes en la última guerra. ¡Ah, señores, qué bellos presentimientos nos ofrece esta conducta de las clases jornaleras! ¡Qué diferencia de la soberbia satánica y de las pequeñas miserias de los príncipes, que han dividido las gentes y regado de sangre la tierra! El cuarto Estado nos permite esperar que llegará un día en que todos los pueblos se traten como hermanos, y en que sólo prevalecerá

la noble competencia del trabajo ; que con la guerra es imposible que prosperen las artes de la paz.

Estos son, señores, los cargos que contra la Internacional se han dirigido. ¿A qué queda reducida la inmoralidad y la acusación de que compromete la seguridad del Estado?

En cuanto á la propiedad, único punto que la Internacional ha definido en una conclusion, por decirlo así, dogmática, me limito á una indicacion sumaria, esperando que una persona harto más competente que yo tratará principalmente este punto. Séame permitido, sin embargo, probar que nada hay ciertamente de pavoroso en las aspiraciones de la Internacional, y que en ellas se revela la misma tendencia que en las otras afirmaciones han iniciado los hombres de la clase media, y de cuyo espíritu participan hoy todos los pueblos civilizados. No entraré á discutir si es ó no inmoral y atentatoria á la actual organizacion de los Estados. El intento de reformar la propiedad, y la teoría económica del colectivismo, en nada ciertamente afectan á la moral pública, ni comprometen la seguridad del Estado. Esta cuestion no toca sino á los intereses y relaciones económicas, que se rigen por principios propios, independientes del criterio moral, y áun del derecho que inmediatamente toca al Estado, aunque deban estar en armonía con la moral y la justicia.

La propiedad, no es sino la condicion sensible, puesta al alcance del hombre, para poder realizar los fines racionales de su vida.

Por consecuencia, la propiedad es justa y legítima, en tanto que viene á servir á los fines racionales de la vida humana ; y cuando esto no suceda, la propiedad será ilegítima, injusta, y debe desaparecer. Y esto no es sólo una conclusion de escuela ; es un hecho que revela el testimonio elocuente de la historia.

Cuando alguna clase social, ó pueblo, ó raza, ha dejado de servir al fin providencial que debia realizar, nuevas clases, pueblos ó razas, han salido de la humanidad (no legitimo los medios, hablo sólo del fin y del resultado) que han adquirido la propiedad de aquellos, para emplearla como medio esencial en la realizacion de los fines sociales desamparados por aquellos pueblos pervertidos é impotentes.

¿Qué otra cosa representa el movimiento social en la historia del pueblo-rey? ¿Qué otra cosa significa el movimiento político y social de los bárbaros, que caen sobre el imperio romano y quitan la propiedad á los vencidos? Y áun dentro ya de la historia de los pueblos cristianos europeos, ¿qué otra cosa representa la condenacion de la propiedad en manos de los señores feudales y de la iglesia? ¿Cómo explicar la radical transformacion que ha abolido los feudos, derechos señoriales, mayorazgos, bienes eclesiásticos, ni cómo justificar el enriquecimiento de las clases medias, á veces logrado con medidas violentas? ¿Es que en el estado llano radica hoy el vigor, la idea, la médula de la sociedad moderna?

Este es el hecho ; no trato de legitimar el procedimiento, jus-

tífico sólo el fin, muestro las enseñanzas de la historia en la organización y en la transformación constante de la propiedad, y llamo la atención sobre la notable y notoria circunstancia de que en cada reforma han ido siendo más razonables los medios y más extenso el círculo de los nuevos propietarios. No podía ser otra cosa, rigiendo á la humanidad la ley del progreso.

Por eso el cuarto estado, que constituye el nervio de la sociedad contemporánea, que es no sólo el que trabaja y cultiva la tierra, ejerce la industria y el comercio, sino el que se dispone á recibir y á encarnar en sí el verbo de la civilización, ¿qué extraño es que diga con toda justicia: «yo quiero la propiedad, mas no para mi goce y en mi egoísta provecho, sino porque soy el que trabajo y el que produzco, y de hoy más, soy también el que comienza á tener la idea y el sentido de la nueva dirección de las sociedades?»

Si eso explica la necesidad, se dirá, de que la propiedad se estiende al cuarto estado, no justifica el carácter con que la propiedad se demanda por la Internacional.

¿Qué representa la propiedad colectiva como los internacionalistas la proclaman? Quieren que no se dé la propiedad en exclusivo servicio del individuo, sino en razón del fin social á que la propiedad debe servir de instrumento. Y de aquí que no pretendan que sea colectiva la propiedad producto del trabajo del individuo. Lo que sostienen es que debe ser propiedad colectiva el instrumento del trabajo, tanto el útil, el aparato mecánico, como la tierra, que los internacionalistas consideran como instrumento de trabajo.

Este sentido de la propiedad con relación á un fin, revela que la Internacional presiente los principios de una nueva organización social, fundada en el organismo de las diversas esferas del trabajo, que legitima la existencia del hombre en el mundo y que aspira á reconocer en la propiedad su doble naturaleza individual y social.

El limitar el individualismo de la propiedad no es exclusivo de los internacionalistas y del cuarto estado. En nuestro país, autorizados órganos de la clase media, eminentes hombres de Estado, como son los Sres. Olózaga y Ríos Rosas, lo han profesado y difundido.

Cuando por esta dirección van todas las obras en el pensamiento y la práctica de los legisladores y los pueblos, ¿por qué os habeis de aterrar ante las tendencias y aspiraciones de la Internacional?

Verdad es que en ella viene esto mezclado y confundido con un estrecho espíritu de positivismo, un odio profundo contra la organización social actual, contra todas las clases superiores: que al afirmar el cuarto estado sus ideas y su poder, y proclamar el trabajo contra el parasitismo, la justicia contra el privilegio, principios regeneradores sin duda, pretende ejercer el imperio en su provecho, como si sus legítimas aspiraciones exigieran la sumisión de las otras clases y esferas sociales y la disolución de to-

da jerarquía, y el predominio del bienestar económico sobre los demás fines de la vida. Este tono verdaderamente egoísta y tocado de la pasión de venganza, que lleva la Internacional contra los elementos conservadores, es censurable sin duda, y la arrastra á la injusticia, que pretende desterrar para siempre; pero no es este el fondo de su idea, sino el vestido con que se presenta á la vida pública.

Si las clases superiores, especialmente la clase media, á quien por derecho y por deber le correspondía, hubieran dirigido al cuarto estado, ejerciendo con equidad su legítima tutela para lograr pacífica y gradualmente su completa emancipación social, entonces no se habría engendrado en el cuarto estado ese odio censurable que ahora espanta.

Lo conveniente y justo es no proscribir la Sociedad Internacional de trabajadores, sino ofrecerles el amparo de la ley. Lo conveniente, sobre todo, para las clases conservadoras, es dirigir ese movimiento, quitarle aquellos extravíos y asperezas que en la hostilidad de las clases se engendran, y que en la dirección pacífica se templan, hasta lograr acaso la concordia.

CRÓNICA Y VARIEDADES

Pío IX á los católicos. Con gran placer insertamos en las páginas de nuestra Revista el discurso ó alocución de S. S. Pío IX á más de 400 viajeros distinguidos de Austria, Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Irlanda, Polonia, Portugal, España, Turquía, Asia, América, cuyos homenajes recibió el día 13 de abril en Roma con motivo del aniversario del fin de su ostracismo en Gaeta.

La alocución de Su Santidad es hoy objeto de la atención de toda la prensa de Francia y Europa.

Pío IX, con esa voz augusta, que no destruyen los años ni las adversidades, se expresó de esta manera:

«Sucesor del príncipe de los apóstoles, San Pedro, vicario aunque indigno de Jesucristo, quisiera que Dios hiciera hoy para mí el milagro que hizo para el mismo San Pedro, quien sin hablar más que un idioma, se hacía entender de tantos pueblos y naciones diferentes; pero si todos no comprenderán en el momento las palabras que salgan de mis labios, todos podrán comprender, leyéndolas después, los acentos de mi boca. Y puesto que os halláis aquí como representantes del universo católico, puedo deciros, para que una confianza recíproca establezca una recíproca comunicación, que he escogido el domingo para ofrecer este día en cada mes y durante el año, mientras Dios me conceda permanecer sobre la tierra, el santo sacrificio del altar por todas las almas católicas esparcidas en la superficie de la tierra.

»Puesto que me pedís una bendición para todos los católicos derramados por toda la tierra, os la daré, y de la mejor manera que me sea posible, enumeraré los diversos grupos á quienes irá encaminada mi bendición. Ante todo invocaré esta bendición sobre el país más lejano de nosotros en Europa, Portugal; y diré que imploro ardientemente para este país las bendiciones del cielo, porque aquel pueblo es bueno y aspira á recibir el pan de la verdad. Si este pan se le da, ó no, todos los días, no es esta la ocasión ni el momento de decirlo. Lo que puedo decir es que este reino gime bajo la tiranía del masonismo más feroz, y por ello debemos orar especialmente por aquel reino.

»Paso á España, y bendigo aquella nación eminentemente católica, esa nación, cuya tierra ha producido tantos santos para la Iglesia, de los cuales un gran número fueron tipos de mortificación extraordinaria. Vivimos en un tiempo, mis queridos hijos, en que se desconocen estas mortificaciones, y en que la mortificación es poco deseada de muchos. Bendigo, por tanto, esa tierra de España, tantas veces bendecida por Dios y santificada por el ejemplo de tantos santos.

»Pero ¡ay! que España hace más de setenta años es presa de las revoluciones humanas, y merced á esas revoluciones, la invaden por todas partes falsos principios, que espero no triunfen jamás; no, jamás, porque encontrarán siempre en aquel pueblo un corazón católico, para oponerse á todas las maldades de los impíos.

»Llego á Francia. Bendigo este país habitado por tantas almas generosas; ese país que ha sabido de mil modos acudir á las necesidades de la sociedad humana, por medio de tantas obras santas, encaminadas todas al bien del cuerpo y de las almas. ¡Ah! esa Francia, que tan bien interpreta los sentimientos de Vicente de Paul, y que de mil modos acudió en socorro de los ignorantes para instruirlos en los principios de la religión y de la verdadera fe, á fin de combatir la impiedad; esa Francia, una vez al lado del lecho de los enfermos para aliviar sus dolores, otras consagrándose á combatir las obras inmorales, á fin de poder, á la sombra de San Francisco Regis, reunir santamente á aquellos á quienes el mal había asociado; esa Francia, fecunda en tan buenas y santas obras, que sería imposible enumerar, yo la bendigo y pido que esta nación marche en la unidad de la concordia, orando para que ciertos partidos exagerados de un lado y otro desaparezcan para siempre.

»Hay un partido que teme demasiado la influencia del Papa: ese partido debería reconocer, sin embargo, que sin humildad ningún partido gobierna conforme á la justicia. Hay otro partido opuesto á este, muy intolerante y que olvida totalmente las leyes de la caridad; y yo le recuerdo que sin la caridad no se puede ser verdaderamente católicos. A aquellos recomiendo la humildad, á estos la caridad. A todos recomiendo la unión, la concordia y la paz, á fin de que reunidos en falanges apretadas y valerosas, puedan continuar combatiendo en Francia la incredulidad, la impiedad y el afán del lucro injusto, que pretenden causar nuevos estragos en detrimento de la justicia y la verdad.

»¡Bendigo la Italia! ¡Pobre Italia! ¡Bendigo esa tierra, de la que se ha dicho justamente hace largos años que, vencedora ó vencida, siempre estaba destinada á ser esclava, y es verdad! Porque ahora mismo que se proclama una nación apta para formar parte del gran concierto del mundo, ¿es por ventura Italia libre? ¿No son cadenas las tiranías que sufre? ¿No son cadenas esa necesidad, en que se coloca á la juventud consagrada al templo y á la Iglesia, de verse arrebatada á la Iglesia y al templo? ¿No hemos visto en estos días á jóvenes llamados al servicio militar y tomando en lugar de la casulla el fusil ó la espada, é imperar do quier

una dureza y tiranía, que muestra bien que ni aun hoy Italia es vencedora ni vencida, sino esclava siempre de ajenas pasiones?

»Llego á Alemania, y pido á Dios que este país, seducido por el falso espíritu anti-católico y de ambición, se mantenga firme, lleno de constancia; en una palabra, tal como lo hemos admirado, especialmente en el clero y en una parte de su pueblo. Es un deber en todos los países y en todos los reinos obedecer al que manda; pero al mismo tiempo es preciso, con respeto y fuerza, proclamar la verdad. Y cuando las mentiras se publiquen abiertamente, es necesario tener la fuerza de refutarlas, y refutarlas constantemente, aún á la faz de las más horribles contradicciones.

»Roguemos, pues, á Dios que continúe dando al episcopado alemán la fuerza necesaria para defender los derechos de Dios, de la Iglesia y de la sociedad. Roguemos por la conversión de los insensatos, que se llaman viejos católicos, porque introducen en la Iglesia viejos errores mil y mil veces refutados.

»En resumen, roguemos por todos los otros reinos de Europa. Oremos por el imperio de Austria, que tanta necesidad tiene de nuestras oraciones. Roguemos por la Bélgica y la Baviera. La Bélgica es un pequeñito reino; pero muy afecto á esta Santa Sede. Lo bendigo especialmente, y deseo no cambie lo que hoy posee.

»Bendigo la Baviera, y espero que la decrepitud de ciertas gentes tendrá por resultado dar nueva juventud á los verdaderos principios de la verdad y la religion.

»Al propio tiempo quiero recordar á Dios y bendecir á los católicos de Irlanda, de Polonia, de Holanda, y de la Europa entera. Bendigo igualmente á los católicos de América, y los bendigo especialmente, á fin de que Dios me libre de la amargura, que me causa actualmente Constantinopla por un cisma fatal. Dios les conceda también la concordia y la paz. Despues yo grito á Dios y le pregunto la causa de tantas desventuras. La respuesta del cielo será esta: es cierto que los pueblos están estremecidos, porque han abandonado la fé y la religion.

»Que todos se pongan de acuerdo; que todos los círculos de la caridad se unan, los que se ocupan en la instruccion católica, en la santificacion de las fiestas, en proscribir los malos libros; y que todos juntos libren los combates del Señor, no con la espada, el cañon ó el fusil, sino con la fé, el brazo de la justicia y la palabra de la verdad.

»Que Dios os bendiga y os conceda guardar cuidadosamente estos sentimientos en el corazon. Mis manos elevadas al cielo os bendicen, y bendicen al universo entero. Pero os bendigo especialmente á vosotros, que estais en presencia del indigno vicario de Jesucristo; bendigo vuestras familias y vuestros intereses, á fin de que prosperen y sean benditos de Dios; bendigo vuestras patrias y ruego á Dios os bendiga en el momento de la muerte, á fin de que podais entregar entonces verdaderamente vuestras almas en manos de Dios y seais dignos de loarlo y consagra-ros á él en los eternos siglos.»

Tal fué la admirable plática del Santo Padre, cuya impresion en Europa ha sido inmensa.

El célebre Luis Veuillot en *L'UNIVERS*, llamando, como verdadero católico, único juez al pontífice romano, dice con gran nobleza que se atendrá respetuosamente á su fallo, y si no lograse la concordia que la Iglesia desea, y su persona ó su periódico fuesen un obstáculo para ella, ambos desaparecerian de la pública escena.